

PRÓLOGO

El ser humano, con su admirable capacidad de aguantar y soportar, se acostumbra a los defectos del comportamiento de los demás, pudiendo llegar incluso el momento en que ni tan siquiera se dé cuenta de la existencia de esos defectos. De las múltiples imperfecciones morales que pagedemos, existe una, la mentira, el engaño, la manipulación de la verdad, que, a pesar de darse de forma más que abundante, es tal vez la que más puede tardar en ser admitida. El ser racional, que conoce la realidad de unos hechos, no soporta que otra persona, a sabiendas, quiera falsear la verdad; el que recibe esa mentira se considera insultado por su autor, pues capta que se pretende manipular lo que él conoce, atentando así contra su inteligencia.

Pero cuando una mentira concreta se repite con insistencia por muchas personas, en distintas ocasiones, tiempos y lugares, consigue que la repugnancia que inicialmente provocaba en el receptor sea sustituida inicialmente por el desdén y la indiferencia producida por el tedio y la monotonía que la reiteración del mentiroso llega a causar; en ese momento incluso pueden llegar a perderse las ganas de combatir esa mentira, acostumbrándose a oírla cotidianamente. Y por último, puede el mentiroso conseguir su mejor triunfo, que obviamente no es que el ignorante crea la mentira, sino que quien en principio la rechazó, gracias a la flaca memoria de los humanos, pueda empezar primero a dudar de su verdad para después comenzar a aceptar esa mentira que inicialmente tanto le asqueaba.

Esa táctica de la mentira sistemática se da con mucha frecuencia cuando se trata de la Historia, la cual día a día es narrada y escrita con total y absoluta manipulación, con el mayor de los desprecios a la verdad, consiguiéndose que lo que inicialmente se narró de determinada forma, acorde con la verdad, a base de negarse una y otra vez, de alterar los hechos reales, termine por ser rechazado, convirtiendo en *ver-*

dad otra versión, que queda como *oficializada*. Muchas son las razones que mueven a esos «*historiadores a medida*» para cambiar los hechos, esto es, a mentir; y cuando de la historia contemporánea se trata, lo normal es que la razón que con más fuerza provoca ese intento de cambio de la verdad sea una razón ideológica, al no compartir ese aparente *historiador* la forma cómo sus correligionarios o sus principios quedan reflejados por la realidad.

Como es lógico, cuanto más importante y más conocido sea el hecho cuya verdad se quiere cambiar para el futuro, más denodado y reiterado ha de ser el esfuerzo de quien quiere presentar la mentira como protagonista de la Historia.

Uno de los casos más notorios de intentos de manipulación, de mentira sistemática, de reiteración de falsedades, lo constituye la historia de lo acontecido en la Guerra Civil Española durante el asedio del Alcázar de Toledo, tal vez el acontecimiento más universalmente conocido de los que se sucedieron en esos trágicos tres años. Fue sin duda inconmensurable la difusión que tuvo la gesta que dentro de sus muros protagonizaron sus defensores, acrecentada aún más, si cabe, por el episodio heroico de la negativa del jefe de la defensa, el entonces coronel Moscardó, a rendir la fortaleza aún a riesgo de la vida de uno de sus hijos, el cual fue asesinado por quienes en vano asediaron el Alcázar durante dos largos meses del verano de 1936. Y ya desde antes de acabar victoriosamente el asedio para los sitiados, comenzó la negación reiterada de la verdad, la manipulación de la Historia que persiste hasta nuestros días, tal vez ahora con menos intensidad, pues los que sembraron la mentira son conscientes de haber obtenido, al menos, que sobre lo que ocurrió en Toledo haya caído el beneficio de la duda. Es harto curioso a la par que indignante ver cómo en los libros escolares de Historia en los que se forma la juventud española no aparece, salvo en contadísimas excepciones, ninguna cita, ninguna alusión al Alcázar de Toledo; igualmente estupor y rabia ocasiona observar cómo la mayoría de las agencias de viaje no incluyen en el recorrido de Toledo la visita al Alcázar.

La mentira ha pretendido conseguir, a base de refutar la verdad una y otra vez, que el Alcázar no exista; que el general Moscardó no sea más que una calle de Madrid y de algunas (pocas) localidades de España; y cuando ocasionalmente en algún medio se alude al Alcázar, siempre aparece una voz acunada en la mentira que se ocupa de «*dejar*

muy clara la Historia», negando la verdad con absoluto desparpajo, apoyándose en la labor de determinados *historiadores de la falsedad*.

Los que conocieron de una u otra manera la historia del Alcázar, los que admiraron esa hazaña, los que se enorgullecieron como españoles de esa página gloriosa de la Historia de España, han ido viendo cómo cada vez eran más las voces que combatían la verdad y menos las que la defendían. Era una situación de rabia, de impotencia, de indignación, sin apenas nada que hacer, más que el lamento en privado. Y esa situación, como es lógico, afectaba mucho más a aquellos que por lazos familiares hemos estado ligados al general Moscardó, a aquellos que le conocimos y que de su boca oímos relatar, pocas veces por cierto, la verdad de la historia. La familia Moscardó se sentía herida y vilipendiada por la reiteración de los ataques a la historia del Alcázar, que fue sin duda la más importante herencia que el general Moscardó dejó a sus descendientes.

Hace ahora dos años que mi esposa, Marichu Moscardó, la única hija del general Moscardó y la última de sus hijos que le habían sobrevivido, murió; inicié la dolorosa tarea de ordenar sus papeles, sus documentos, sus recuerdos. Y poco tiempo después de su muerte hallé dentro de un viejo ropero, que perteneció a su madre, una caja que en su mayor parte estaba llena de recortes de prensa en relación con el Alcázar, así como algunas cartas familiares aparentemente sin importancia; y entre ellas encontré un sobre, dentro del cual estaban unas hojas manuscritas con una caligrafía difícil y antigua. Se trataba, según pude comprobar, del original de unas cartas, que a modo de diario póstumo, el coronel Moscardó escribió durante el asedio, dirigidas a su esposa, doña María Guzmán. Nadie en la familia, ni tan siquiera mi mujer, sabía de su existencia, conservándose ocultas desde el año 1964, fecha del fallecimiento de la esposa del general Moscardó. La lectura de esas cartas es sobrecogedora y estremece, pues revela los más íntimos sentimientos de un hombre que, siendo consciente de estar al borde de una muerte casi segura, no tiene más pensamientos que para su mujer y sus cinco hijos. De esos hijos, dos morirían en la contienda civil. Uno, el más conocido, Luis, fusilado en Toledo tras ser utilizado infructuosamente para intentar conseguir la rendición de su padre. Y el otro –José–, el mayor, teniente de Infantería, fusilado en Barcelona donde se hallaba de paso para la Olimpiada de Berlín, sin llegar a intervenir en el Alzamiento Militar, al parecer por el «delito» de llevar colgada una medalla al cuello.

Pensé, al leer esas cartas, que la persona que hasta ahora o ignoraba la historia del Alcázar o no creía en la verdad de esa historia, si tuviera la oportunidad de leerlas tendría que cambiar de opinión, pues es imposible creer, a la vista de su contenido, dictado directamente desde el corazón de Moscardó, que quien esas cartas escribió estaba mintiendo. Estimé que era necesario, y hasta un deber, publicar esas cartas para ayudar a defender la verdad, la historia auténtica.

A través de mi buen amigo Juan Blanco, tuve ocasión de conocer a Luis E. Togores y Alfonso Bullón de Mendoza, que, como apasionados de la historia, se ilusionaron de inmediato por lo que esos documentos podían significar a la hora de sacar a la luz una obra, como la presente, donde de forma objetiva, documentada, sin pasión, se estudia hasta la saciedad la historia del Alcázar, dejando en evidencia a los manipuladores y a los falsos historiadores. Con este documentado trabajo es difícil que se pueda de nuevo intentar combatir al Alcázar, pues se ha estudiado con el mayor detenimiento y admitiendo *a priori* todas las versiones, habiendo llegado a la misma conclusión que yo tenía. La misma que Moscardó transmitió a su familia, y la que el general dejó para la posteridad en sus cartas. Y me permito pedir a los que han seguido creyendo en la verdad de la historia del Alcázar, a quienes se sienten orgullosos de esa gesta, que conserven, recuerden y difundan este libro, especialmente entre la juventud, para que en cualquier ocasión que alguien quiera negar la verdad puedan dejarle en evidencia con la verdad que estas páginas contienen.

Fernando Esquivias Franco